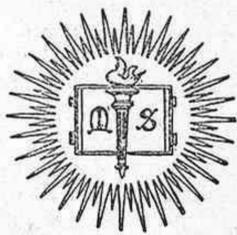


# La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 16 DE AGOSTO DE 1915

NÚM. 1.755



RETRATO DE MME. G. FOREST, pintado por Carlos Vázquez



**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La muñeca*, por Angel Guerra. — *La guerra europea*. — *Valdiviera*. — *IX Aplech de la Sardana*. — *El Alto Comisario en Melilla*. — *Bernardino Machado*. — *Mi tío F. orenco* (novela ilustrada; continuación). — *Santander*. — *El verano de la familia Real*. — *Varsovia*. — *La guerra europea*. — *El patriotismo de las mujeres inglesas*.

**Grabados.** — *Retrato de Mme. G. Forest*, pintado por Carlos Vázquez. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *La muñeca*. — *La ondina del torrente*, busto en bronce de Carlos L. Hartwell. — *La plaza de Krasinski, una de las más importantes de Varsovia, rodeada de magníficos edificios*. — *La plaza del Teatro y el palacio del Ayuntamiento*. — *Londres. Aniversario de la independencia de Bélgica*. — *Lord Kitchener, acompañado del Lord Mayor, revisando la Guardia de Honor*. — *Llegada de los heridos inválidos alemanes y franceses a Lieja y Lyon*. — *Tropas coloniales francesas en la provincia de Galipoli*. — *El libro del amor*, cuadro de E. Louyot. — *Las tres gracias*, cuadro de L. de Langenmantel. — *Valdiviera (Barcelona)*. — *El «IX Aplech de la Sardana»*. — *El Alto Comisario en Melilla*. — *D. Bernardino Machado*. — *Santander*. — *El verano de la familia Real (seis fotografías)*. — *Londres. Grandiosa manifestación femenina para pedir al gobierno que utilice el trabajo de las mujeres en la fabricación de municiones*.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Veraneo, balneación, excursiones: he aquí la vida contemporánea, en nuestra patria, al menos...

En otros países y tierras, ¡cuán diferente!

Mientras estos grandes balnearios gallegos, Mondariz y la Toja, se llenan de gente ávida de recreo y descanso, ¡cómo estarán los balnearios extranjeros, Carlsbad, Baden, las estaciones de placer de la Costa azul, todo el mapa alegre y frívolo de la Europa veraniega y otoñal!

Por aquí, en Mondariz, nada ha variado con la guerra.

Las mismas figuras obligadas de todos los años: familias numerosas que acuden a buscar la salud, mamás y niñas casaderas que buscan otra cosa, señores ancianos, que renquean al sol, llegando a los labios con trémula mano el vaso desbordante de agua que burbujea...

Pero los automóviles dan una nota de animación, antaño desconocida.

A cada momento entran, ruidosos y empolvados, de regreso de una excursión divertida: han ido a alguno de los infinitos puntos en que se lanzan exclamaciones ante la belleza del paisaje...

Porque aquí, en esta coquetona y riente provincia de Pontevedra, todo es digno de la fotografía, de la postal, del cuadro; todo *compone*.

Los viajeros de tierra adentro se quedan bobos.

No habían imaginado cosa por el estilo, allá en sus ciudades tristonas y sus campos grises de Castilla y de la Mancha.

\* \* \*

Una parte de la clientela de Mondariz, sin embargo, ha desaparecido casi por completo.

Es el elemento portugués.

Los estados de lucha y de agitación política no son favorables a las excursiones veraniegas, gustosas y caras, que exigen libertad de espíritu para poderlas saborear.

En otro tiempo, Mondariz era semilusitano.

Llenábase de graves *Pares del reino*, de vizcondesñas almizcladas y con mucho *chic* británico, de escritores y poetas más o menos melencólicos, de *brazileiros* con diamantes en el meñique, y hasta de Infantes y Duques que habían intervenido y jugado en la historia de su nación.

Hoy, apenas asoman por aquí los restos del naufragio.

Y vienen tristes, pesimistas.

Ya se desvanecieron las ilusiones de los primeros emigrantes, aquellos que conspiraron en Vigo y tal vez aquí mismo, durante el melancólico invierno en que se refugiaron, en uso de un derecho indiscutible, en los vastos ámbitos del desierto Hotel...

Actualmente, ignoro si se sigue conspirando en pro de la derrocada monarquía; pero de cierto no es en Mondariz ni en sus alrededores donde se desarrolla la conspiración.

Y un desaliento profundo invade a estos monárquicos de D. Manuel, desperdigados y pocos.

Nunca lograrán dar un paso decisivo hacia la anhelada restauración de los Braganzas...

¡A conformarse y a beber el agua y a sacar parti-

do de los espectáculos que el establecimiento ofrece!

\* \* \*

No son aún los que se preparan para muy pronto: se está construyendo y terminando un *cine*, y esta perspectiva hace latir el corazón de los niños, y alegrar el ojo a los grandes.

Porque en todo Balneario sobran horas, y esas horas vacías de la tarde, las llenará el *cine*, de la más grata manera.

El *cine* no pesa sobre el pensamiento, aun cuando se afirma que hace daño a los ojos, y produce un mareo peculiar.

Acaso me desacredite con lo que voy a decir; pasaré por poco refinada; pero, a un teatro mediocre, prefiero un *cine*.

El concierto diario de que aquí se disfruta es indudablemente un recurso para entretener la tarde; un excelente cuarteto interpreta las mejores creaciones de la música clásica y de la música regocijada y de la música regional, que no es la menos bella y poética de las tres.

Con muy buen gusto, la nota regional se cultiva en Mondariz preferentemente.

Las embotelladoras del agua, que son muchachas del país, y tienen voces frescas y acento mimoso, forman como una especie de orfeón, y al caer la tarde dejan caer los lánguidos *alalás*, las cantigas aldeanas, o las que compuso, con verdadera intuición del espíritu galaico, Marcial del Adalid.

\* \* \*

Cada tierra debe abundar en su propio sentido, y desarrollar sus propios elementos de agrado y hermosura.

En Galicia, hasta para impedir que se pierdan y borren las huellas profundas y poéticas del pasado, es conveniente cultivar y reanudar estas tradiciones.

Mondariz no las deja perder.

Con cuidado piadoso y filial se recogen, en el museo formado en la granja de Sanmil, los pedruscos que pueden interesar a la epigrafía, los viejos capiteles románicos, los cruceros olvidados en timones, los instrumentos de música, la cerámica, hasta los antiguos trajes y los característicos zuecos...

Y este año, con motivo de la solemne procesión de la Virgen del Carmen, hemos presenciado un concurso de gaitas, cantos y bailes de la región, que nos demostró cuán necesario es mirar porque no se pierdan los rastros del ayer...

Los premios en dinero los ofreció el dueño del balneario, el infatigable Enrique Peinador.

Esto debiera alentar a los gaiteros para que se presentasen vestidos con alguna propiedad.

Lo hicieron, al contrario, con libérrima fantasía.

Algunos venían con su traje de diario, de artesanos ciudadanos, americana y pantalón.

Otros, más caprichosos, lucían vestimenta gallega, y gorrilla de cuadros.

Los que usaban *monteira*, la habían encargado al guardarropa de algún teatro donde se representan obras como *Maruxa*, con gallegos fantásticos.

Los bailes tampoco brillaban por la exactitud.

Más que *MUNEIRA*, la recatadita y humilde y labriega danza en que la mujer baja los ojos mientras el hombre la festeja y ronda, parecían algún degenerado fandango.

Lo cual indica que es preciso velar por la pureza de los bailes, trajes, cantos y demás manifestaciones de la antigua vida regional, y reconstituir todo esto, siquiera como señal de respeto a nosotros mismos.

\* \* \*

La procesión, en cambio, fué un espectáculo inolvidable, no superado por los de igual género, en muchas ciudades populosas.

Se celebra esta procesión una vez al año, el 16 de julio.

Acude a presenciarse inmenso gentío; vienen en tropel de bastantes leguas a la redonda.

Sale de la capilla del Establecimiento y recorre un corto trayecto, el de las sendas del parque.

Pero este trayecto está de tal manera iluminado, enloquecido y engalanado, que el cuadro es de una alegría italiana, meridional, propia de esta provincia de Pontevedra, tan riente y gozosa.

Alumbran en la procesión las señoras que están tomando aguas, provistas de sus cirios, tocadas con mantillas blancas y negras, sobre grupos de grandes hortensias azules, y niñas de blanco ropaje siembran pétalos de flor ante la efigie de la Virgen.

La vasta fachada del hotel está acibillada de ilu-

minación, claveteada de lucería eléctrica, y de los árboles del parque (que parecen seculares y no lo son, porque en este suelo fertilísimo el arbolado adquiere imponentes proporciones en corto tiempo) cuelgan guirnaldas de farolillos multicolores.

El efecto, al recogerse la procesión, al anochecer, es mágico.

Y yo prefiero esta solemnidad, a un tiro de pichón o un campeonato de *Tennis*.

No lo miro por el lado de la devoción, sino por el de la fidelidad al modo de ser español, que se afirma en las costumbres y en los espectáculos.

Mirémoslo sencillamente así: de un espectáculo se trata.

¿No es más estético el de la procesión del Carmen, que el que consiste en ver caer, aleteando en la agonía, a unas inofensivas aves?

\* \* \*

En Mondariz está planteada la lucha entre lo antiguo y lo moderno — en cuanto a diversiones, naturalmente, pues desde otro punto de vista, un balneario tiene que modernizarse diariamente, sin cesar —.

Lo moderno, aquí, sería el Casino que muchos sueñan.

Un Casino del corte de los de Biarritz y otros puntos de moda, con *caballitos*, salas del crimen, cojillones y mucha farándula.

Así se revolucionaría la existencia apacible del Vichy gallego.

Así tendríamos emociones a pasto, lujo de sátrapas, y ¿quién sabe si algún suicidio elegante, en una umbría del parque, a la madrugada cuando se cerrase el antro del azar?

Nada semejante veo por ahora.

Trabajo cuesta hasta organizar el honrado, nacional, fino y clásico tresillo.

Ni la soñolienta *lotería*, ni el *reloj*, ni ninguno de esos juegos caseros y bobalicones se arma en las estancias del Balneario.

El tiro de pichón está reservado para la Toja, más deportiva que Mondariz.

\* \* \*

Cada sitio tiene su fisonomía.

Mondariz la posee bien marcada, y es ante todo una fisonomía higiénica; el lema de Mondariz pudiera ser «¡guerra al artrismo y sus derivaciones!» ¡Ah, el artrismo! Será preciso hablar de él algún día.

Es un duende que se mete en todas partes, un Proteo que reviste todas las formas, un espíritu que se infiltra dondequiera, un orín que corroee despacio nuestro organismo, oxidando cada resorte y ruedecilla de la máquina...

Es lo mismo que la tuberculosis, sólo que enteramente lo contrario.

Y el que escapa de Escila, cae en Caribdis...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

### PENSAMIENTOS

El amor y la razón son dos viajeros que no habitan nunca juntos en una misma posada; cuando llega el uno, el otro parte.

W. SCOTT.

Resistid a las primeras apariencias y no os apresuréis a juzgar; pensad que hay cosas verosímiles que no son verdaderas como hay cosas verdaderas sin ser verosímiles.

MME. LAMBERT.

La frescura, el colorido, la gracia desaparecen con la juventud; pero cuando la belleza está en la propia forma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en el pensamiento mismo de un rostro de hombre o de mujer, la belleza se modifica en los varios períodos de la vida, pero no pasa.

LAMARTINE.

El dinero consagrado a la beneficencia carece de mérito si no representa un sacrificio o una privación.

CANTÚ.

El mérito produce la envidia, como el cuerpo produce la sombra. La envidia denuncia el mérito como el humo denuncia un incendio.

POPE.

El hombre a quien nadie gusta es más desgraciado que aquel que no agrada a nadie.

LARCHEFOUCAULD.

El avaro es como el animal inmundo, que no es útil sino después de muerto.

SAN BERNARDO.

Nada corrompe tanto la mente humana como la adulación; porque la lengua del adulador daña mucho más que la espada del perseguidor.

SAN JERÓNIMO.

## LA MUÑECA, POR ANGEL GUERRA, dibujo de Tamburini



Yo sorprendí muchas veces a la pobre abuela dialogando con la muñeca

Quando se hizo el reparto todos estábamos presentes. Vestidos de luto, los miembros de la familia nos habíamos congregado en el mismo amplio salón donde, ocho días antes, veláramos el cadáver de la pobre abuela. ¡Todavía me parece que la estoy viendo a través de mis lágrimas! Ni aun la muerte logró violentar aquella sonrisa ingenua y cariñosa que la había acompañado durante ochenta años. Era una sonrisa de niña. Yo creo que mientras viva la llevaré clavada en el alma.

Ante aquella especie de reparto de botín, algo íntimo en mí, acaso el hondo afecto que por la abuela sentí siempre y al que ella correspondía con creces, pues sin jactancias puedo decir que en toda ocasión me testimonió que, entre todos, era yo el nieto predilecto, sublevábase interiormente con cólera intensa, pero silenciosa.

Comenzaron las peticiones y con ellas el regateo. Cada cual mostraba un egoísmo que chocaba con otro antagónico. A veces la lucha de aspiraciones contrapuestas degeneraba en disputa apasionada. Las voces sonaban altas y con áspero acento.

Yo callaba.

— Quisiera el collar de perlas. Ya ven, Carmen se casa y sería un buen regalo de boda.

— Pues yo prefiero el reloj de oro. Sería para Ernesto cuando acabe los exámenes, si los hace con lucimiento.

Todo se fué distribuyendo, muebles, ropas, alhajas. Parecía una almoneda. Como urracas, cada cual fué apropiándose y guardándose lo que le tocaba en el reparto.

Advertí que mi hosco silencio alarmaba. Mi actitud de esfinge debió parecerles una muda acusación

contra tantas codicias desenfrenadas. Nadie había tenido, en aquellos instantes, un recuerdo de cariño para la muerta, que tan pródiga había sido del suyo para los numerosos miembros de aquella familia, dispersa al azar de la suerte y de la vida, habiendo constituido múltiples hogares diversos sin el calor ya de la vieja casa solariéga.

Llegaba, al fin, mi turno.

Alguien me preguntó:

— Y tú, ¿qué quieres?

Con voz trémula, como si amenazara estallar en un sollozo largo tiempo contenido, hube, no sin esfuerzo, de contestar:

— Yo... ¡Nada!

Cambiáronse miradas de inteligencia de entre los asistentes, como si ya de antemano contaran con mi rotunda negativa.

Sabían que yo era un sentimental irreductible y me creían nada más que enamorado de las bellas quimeras y de los sueños imposibles. Mi desinterés, siempre practicado, les parecía un absurdo incompatible con las dolorosas y apremiantes realidades de la vida. ¡Bah, un poeta con su cabeza llena de humo y el corazón rebosando frivolidades de niño!

No comprendían que sobre las miserias y los egoísmos de la existencia, un espíritu se remontase, despojado de humanas codicias.

Como para ahogar un último escrúpulo de conciencia, otro aventuró con cierta timidez, en la que descubrí el temor de que yo me resolviese a pedir ante la insistencia a media voz:

— Pero ¿no quieres conservar un recuerdo de ella?.. ¡Tú que la querías tanto!..

— Conservo el recuerdo, y con él me basta.

— Nosotros también la recordamos... Sin embargo...

— Sí; hacéis bien en repartir la herencia. No os hago ningún reproche, ¡Dios me libre! Lo que era de ella es vuestro, legítimamente vuestro.

— Y tuyo también. Entonces, ¿por qué nada reclamamos?

— Porque quería guardar respeto a una santa memoria. Pero ya que parece que lamentáis mi abstención, voy a romperla. Quiero...

— ¿Qué?..

Hubo un momento de angustiosa expectación. Muchos rostros palidieron y muchas miradas reflejaron una profunda inquietud interna. ¿Qué iba a pedir? Sin duda, a pretexto de que había sido el nieto predilecto, reclamaría la mejor parte. Los aparentemente desinteresados suelen, con disimulada ingenuidad, llevarse siempre lo más valioso, fingiendo ignorar la valía.

Con ansiedad preguntaron nuevamente:

— ¿Qué?..

— Pues bien. Yo reclamo una cosa que nadie ha pedido. Si alguien la desea, yo renuncio desde luego a ella.

— ¿Qué?..

— La muñeca de la abuela.

La expresión de angustia en los rostros se trocó en un gesto de asombro.

En algunos yo advertí que se dibujaba una sonrisa burlona. Uno solo soltó a reír con desenfadada franqueza, a pesar de lo penoso del triste momento.

Libres de preocupación, las voces se desataron.

— ¡Si esc no vale nada!

— Siendo mujer, comprendería ese capricho. Pero ¡un solterón!..

— ¿Dónde está? Acaso tirada en el desván. No servía para nada.

Yo hube de replicar:

— No; está cuidadosamente guardada en el antiguo ropero de roble en que la pobre abuela encerraba cuanto quería: el devocionario en que hacía sus rezos, el traje blanco de su primera comunión, los azahares artificiales que colocara sobre su velo de desposada, los rizos rubios del primer hijo que se le muriera, las cartas de novio con su papel hoy amarillento atadas con una cinta azul, y esa muñeca, regalo inolvidable de su madre, con que jugara de niña...

No quise decir más. Callé. Todos también callaron, como si una ráfaga de emoción silenciosa, pero intensa, hubiese sacudido aquellos corazones, un momento antes sordos a la voz del sentimiento familiar.

Un mundo de recuerdos flotaba otra vez en aquel amplio salón, donde ya no se oía, como antes, el paso de la anciana vacilante que apenas podía andar, y cuyos grandes espejos colgados en las paredes, viejos también, ya no reflejaban la noble figura de cabellos canos, de rostro amable y ojos llenos de dulzura, encorvada bajo la pesadumbre inmensa de los años.

Pero, en espíritu, allí parecía estar de nuevo, como en pasados tiempos más venturosos.

Dentro de mí, yo la evocabo con su cálida y viviente realidad, tal como la había conocido y la había amado.

Yo sabía la ternura con que ella trataba a la muñeca.

La avanzada edad la había vuelto niña.

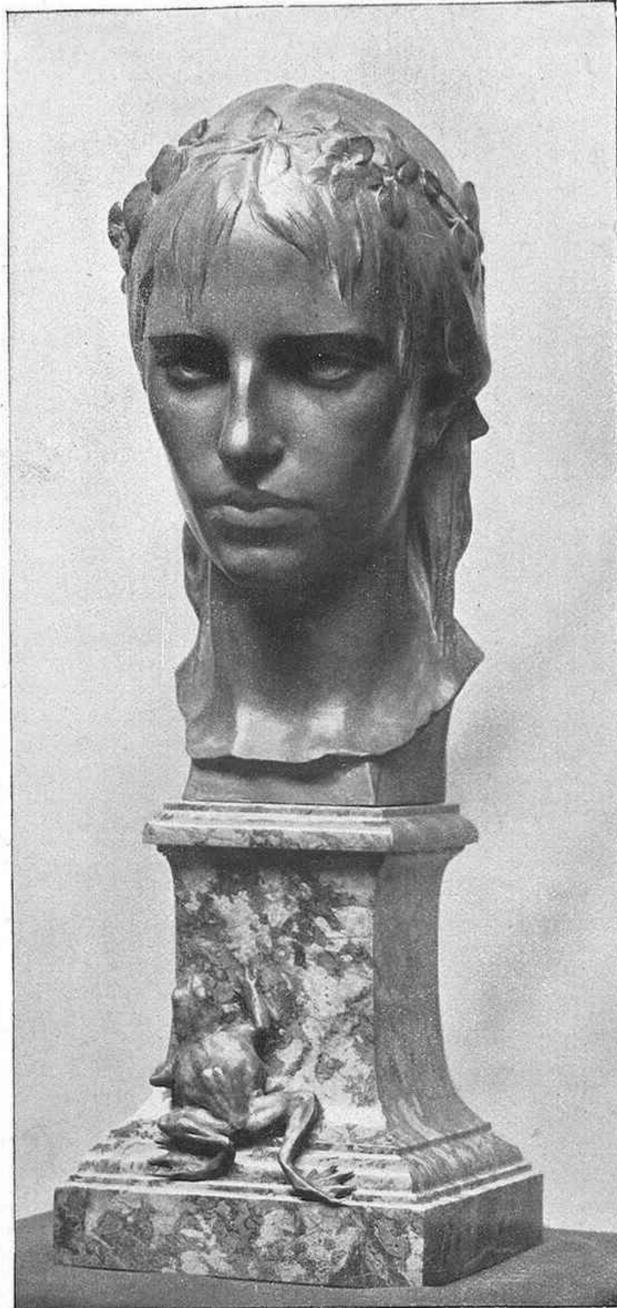
Toda la familia se había dispersado, constituyendo nuevos hogares y nuevas familias.

Y ella, inmutable, salvo en las arrugas de su cara y en el temblor de sus manos, tal vez de tantas caricias fatigadas, se quedó en la casa solariega, sola, al cuidado de antiguos servidores, sin más compañía para su corazón en soledad que aquella muñeca

que, evocadora de recuerdos, para ella parecía tener alma.

Yo sorprendí muchas veces, en mis frecuentes visitas, al entrar de improviso, a la pobre abuela dialogando con la muñeca en una conversación cariñosa, como entre madre e hija, diciéndole no sé cuántas cosas tiernas y recordándole no sé cuántas cosas pasadas.

La sorprendí en muchas ocasiones cantándole canciones de cuna como si la arrullara para que durmiese o para que no llorase; ¡jella, la muñeca, mi-



La ondina del torrente, busto en bronce de C. Hartwell (Exposición de la Real Academia de Londres. 1915.)

serable pelotón de estopa remedando un ser humano!

La vi besarla con frenesí unas veces, como si quisiera comunicarle el último calor de aquel corazón que lentamente se apagaba, y en otras ocasiones la vi besarla con suavidad mimosa, como si temiera, con sus labios ya ásperos que habían perdido todo el carmín y la ternura de antes, causarle el menor daño.

Y de tantos besos la muñeca iba perdiendo sus colores poco a poco, como si ella, de tanto vivir y tanto amar, también fuese envejeciendo.

El lino de los cabellos también había blanqueado.

Y como una irrisión, la muñeca seguía conservando su traje de bebé, cada poco tiempo renovado por las propias manos de la abuela, siempre igual, con el mismo corte y de idéntico color, acaso para que subsistiera la hermosa ilusión de una niñez eternamente prolongada...

¿Por qué la quería ella tanto?

Con certidumbre yo no lo pude saber nunca.

Creo que nadie en la familia a la hora presente lo sepa tampoco.

Por lo menos a ninguno le he oído hasta ahora la menor referencia a tan extraño cariño que ingenua o intencionadamente, ¿cómo asegurarlo?, procuraba ocultarse de miradas indiscretas o de comentarios poco piadosos.

¿Es que alguien, pienso yo en este momento, paró mientes en ello?

Si lo advirtió estoy seguro que lo achacaría a una chifladura senil, que tanto podía mover a risa como a lástima.

¡Son tan pocos los que saben hacerse cargo de las cosas, observarlas, comprenderlas y sentir las!

Acaso por ser niño yo estaba, inconscientemente, más capacitado, ya que no para explicármelo, al menos para compenetrarme aquella pasión extraña de la abuela.

Allí, en el fondo, había una historia.

Yo adivinaba una página de la eterna novela de la vida.

¿Idilio?

¿Tragedia?

Nada puedo afirmar.

Sólo sé que un día, cuando, mojándola con lágrimas que por una misteriosa sugestión hicieron asomar a mis ojos también las mías, besaba la abuela la muñeca, oí que con voz entrecortada decía:

— Así la besaba ella... ¡pobrecita!

Curioso me aventuré a preguntar:

— ¿Quién?

— Ella...

Como yo permaneciera absorto, como esperando una respuesta más categórica que aclarara mi ignorancia, añadió con un largo y profundo suspiro:

— Luisa... Murió hace tanto tiempo. Tus ojos se parecen mucho a los de ella y como los suyos negros son también tus cabellos.

Y atrayéndome a su amoroso regazo, cogiéndome la cara con ambas manos y separándome un poco como para mejor contemplar mis ojos que miraban asustados y mi calavera que sobre las sienes se desenvolvía en ondas negras como el ébano, me abrazó con frenético transporte de un amor profundamente adolorido.

Era la espina que llevaba ella clavada en el alma.

Más tarde lo he sabido.

Aquel nombre de Luisa no se apartaba un momento de sus labios, ni la imagen de aquella criatura muerta en tan temprana edad se había borrado nunca de su memoria, a pesar del largo tiempo transcurrido y de los azares turbulentos de una existencia, en que si no faltaron las alegrías, más sobraron las tribulaciones.

Fué la primera hija...

Tras ella, que se desvaneció tan pronto, vinieron cinco más.

Ninguna, sin embargo, pudo llenar en el corazón de la abuela aquel lúgubre hueco, como un nido abandonado, como una cuna enteramente vacía.

Desde entonces se cuidaban los rosales del pequeño huerto doméstico con un celo esmeradísimo.

¡Qué hermosos eran!

Pero nadie tocaba aquellas flores que, destacándose sobre el fondo verde de las enredaderas que trepaban por las tapias y las cubrían con la pompa de sus hojas brillantes, abríanse al sol rojas y blancas en una magnífica combinación de colores.

Una a una se iban secando en los tallos sin que nadie osara tocarlas.

Y un día, cortadas todas por la propia mano de la abuela, iban todas las que quedaban aun abiertas y fragantes camino del cementerio...

¿Era ése el secreto de la abuela?

Yo así lo creo.

Aquella muñeca debió ser el encanto de la pobre niña, para la que, tal vez, fuese su último beso, el de la despedida suprema.

Viviendo ese recuerdo la pobre abuela continuaba amando la muñeca, prolongando el cariño más allá de la muerte.

.....

Se sacó del antiguo ropero la muñeca olvidada para que yo me la llevase, ya que así lo había pedido.

Casi puedo decir que hizo una entrada triunfal.

Parecía la propia abuela muerta que se presentaba para saludarnos con aquella amable sonrisa que sabía conquistar todos los afectos.

Todos, uno por uno, la besaron.

Y en los ojos que, momentos antes, expresaban inquieta codicia, asomaron, furtivas y temblorosas, algunas lágrimas.



La plaza de Krasinski, una de las más importantes de Varsovia, rodeada de magníficos edificios



La plaza del Teatro y el palacio del Ayuntamiento. (Véase la descripción de Varsovia en la página 555.)



Londres. Aniversario de la independencia de Bélgica. - Belgas refugiados en la capital inglesa que acudieron en manifestación al cementerio para depositar flores sobre las tumbas de sus compatriotas fallecidos en los hospitales a consecuencia de heridas recibidas en el campo de batalla

#### LA GUERRA EUROPEA

*Teatro de la guerra de Occidente.* - Noticias oficiales de los aliados: los franceses han rechazado repetidos ataques en Souchez, en la región del Argonne, especialmente en el barranco de Fontaine-aux-Charmes, en el sector de María Teresa y en la carretera de Vienne-le-Chateau a Binarville, en los altos del Mosa y en los Vosgos los dirigidos contra Barenkopf, Lingekopf y Schratzenmaennele. En los desfiladeros de este último punto ha habido encarnadísimos combates, habiendo los franceses perdido algunos elementos de trincheras. En el Argonne, los alemanes consiguieron tomar una obra de fortificación, pero en un contraataque fueron expulsados de ella, excepto en un punto de escucha delante de la primera línea.

Los alemanes, según los partes de su cuartel general, han obligado a los belgas a abandonar en parte sus posiciones avanzadas al Sur de Dixmude, sobre el Iser; han ocupado hoyos de minas al Oeste de Perthes y de Souain, y algunas trincheras en el Argonne, al Noroeste de Four de París; han rechazado ataques en Souchez, en el Argonne, en donde los franceses pretendían recuperar una trinchera perdida, en la región de Lingekopf y al Sur de Leintrey. Confiesan haber perdido parte de una trinchera en Schratzenmaennele.

*Teatro de la guerra de Oriente.* - Las notas salientes son la toma de Varsovia por los alemanes, el día

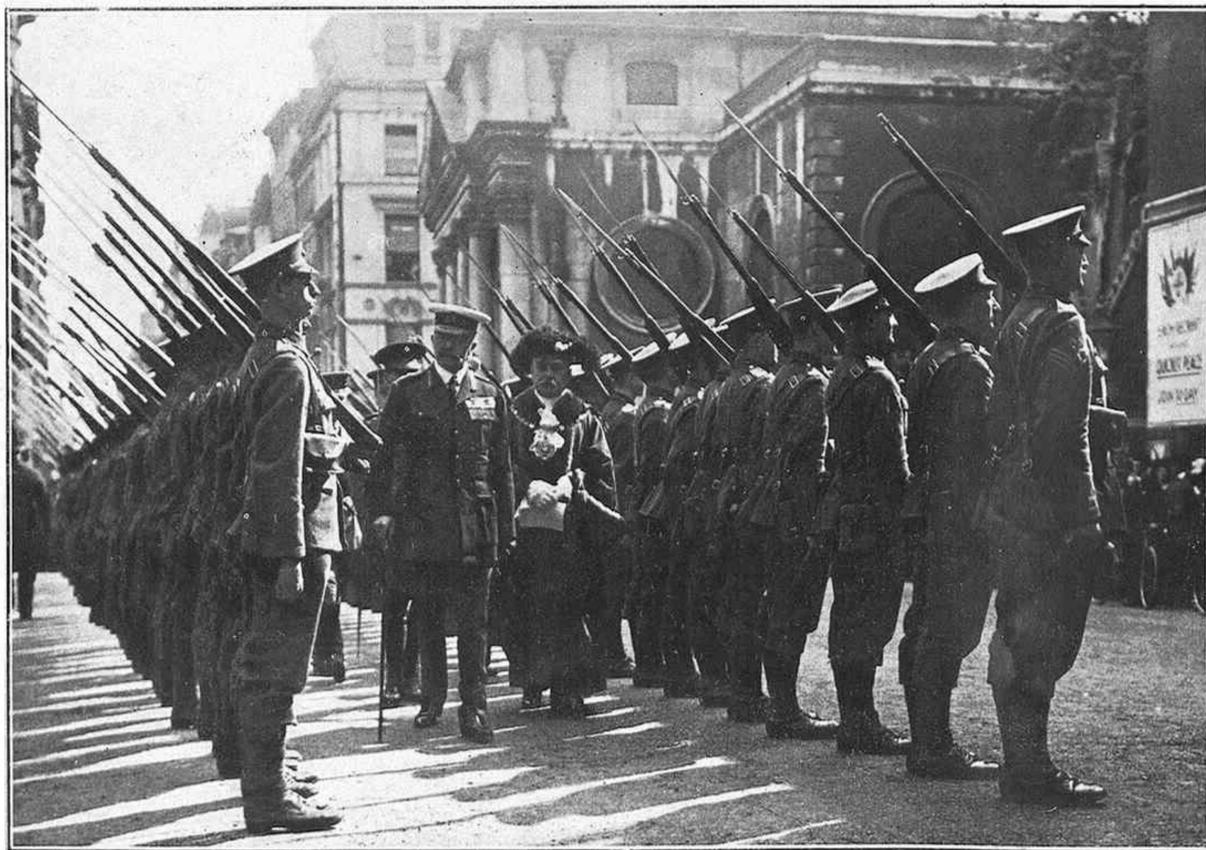
4, y la de Iwangorod por los austro-húngaros el día 5. Se han apoderado, además, de Leczna y de otras poblaciones menos importantes. Han seguido avanzando al Oeste de Kowno, aproximándose a esta fortaleza; han desalojado a los rusos de sus posiciones avanzadas de Lomza y han progresado al Norte y al Oeste de esta ciudad; cercan la plaza de Novo Georgievski, cerrando el paso entre el Narew y el

a los rusos a replegarse hacia el Norte hasta el río Wieprz; y han tomado Lubartow, población situada al Oeste del citado río.

Dicen los telegramas oficiales rusos que en la región de Riga las tropas moscovitas han desalojado al enemigo de la zona entre el Dvina, el Eckau y el Aa, y que también lo han desalojado de sus posiciones en las cercanías de Osowiecz. Aparte de estos

éxitos, reconocen el avance de los alemanes en todo el resto de la línea, consignando empero que en todas partes han opuesto gran resistencia y ocasionado al enemigo pérdidas enormes; y asimismo reconocen que su victoria en la región de Riga ha sido de escasos resultados, desde el momento en que se ha dispuesto la evacuación de aquella ciudad, motivando esta determinación en que la posición especial de la plaza sobre las orillas del río Dvina no ofrece condiciones para una defensa eficaz. También se ha dispuesto la evacuación de Kowno, de donde ha marchado ya la población civil y han sido retirados los heridos y desalojadas las oficinas públicas.

La toma de Varsovia ha causado, como es de suponer, gran entusiasmo en Alemania y en Austria Hungría, en donde se concede al hecho capital importancia. Los aliados, en cambio, sin negar que el suceso tiene cierta importancia moral, no lo consideran decisivo, puesto que entienden que en nada ha de influir en el curso ulterior de la guerra; y aun algunos opinan que cuanto más se in-



Londres. - Lord Kitchener, acompañado del Lord Mayor, revistando la Guardia de Honor. (Fotografías de C. Trampus.)

Vístula, tomando el fuerte de Dembe y avanzando hacia el Narew; han ocupado, en las inmediaciones de Varsovia, la orilla Este del Vístula y el barrio de Praga, desde donde los rusos bombardeaban Varsovia; han cruzado el Narew en Ostrolenka; han avanzado hacia Wladimir Volynski y Sokal; han obligado

y en Austria Hungría, en donde se concede al hecho capital importancia. Los aliados, en cambio, sin negar que el suceso tiene cierta importancia moral, no lo consideran decisivo, puesto que entienden que en nada ha de influir en el curso ulterior de la guerra; y aun algunos opinan que cuanto más se in-



Lieja. - Llegada de los heridos alemanes inválidos procedentes de Inglaterra y canjeados por otros franceses e ingleses. Los heridos son recibidos por la hija del emperador Guillermo, la duquesa Victoria Luisa de Brunswik y Luneburgo. (De fotografía.)

ternen los alemanes en Rusia y más se alejen, por consiguiente, de sus bases naturales, más comprometida se hace su situación. No faltan, sin embargo, periódicos ingleses que comprenden la gravedad y la trascendencia que pueden tener la ocupación de la capital de Polonia y el considerable avance de los austroalemanes en la región del Vístula, del Bug y del Narew.

Una información que se supone procedente de fuente autorizada, después de calificar la pérdida de Varsovia de simple episodio de la retirada que comenzó hace tres meses y de confesar que Rusia no estaba preparada para la guerra como sus adversarios desde hace tanto tiempo, dice que gracias a los esfuerzos que ha realizado muy pronto estará en condiciones de vencer y que hasta que este momento llegue, debe hacer una guerra defensiva. Para ello ha de conservar su ejército y ponerlo en las condiciones más ventajosas, siendo, por consiguiente, natural que aquél se retire hacia el interior, en donde puede apoyarse en una serie de fortalezas. Termina diciendo que Rusia posee recursos inagotables y que la inmensa extensión de su territorio le permite soportar la pérdida temporal de provincias y de ciudades sin que sus fuerzas se vean quebrantadas.

La evacuación de Varsovia, según noticias de Petrogrado, se realizó con un método completo; desde las organizaciones más importantes hasta las menores instituciones, todo había sido previamente enviado al interior del país, y los depósitos de víveres y cereales habían sido trasladados, dejando la cantidad estrictamente necesaria para la población que se quedó y que es muy reducida.

Italianos y austriacos. - Los italianos dicen que en el Tirol han sorprendido y dispersado a fuerzas



Tropas coloniales francesas en la península de Galípoli. (De fotografía de Carlos Trampus.)



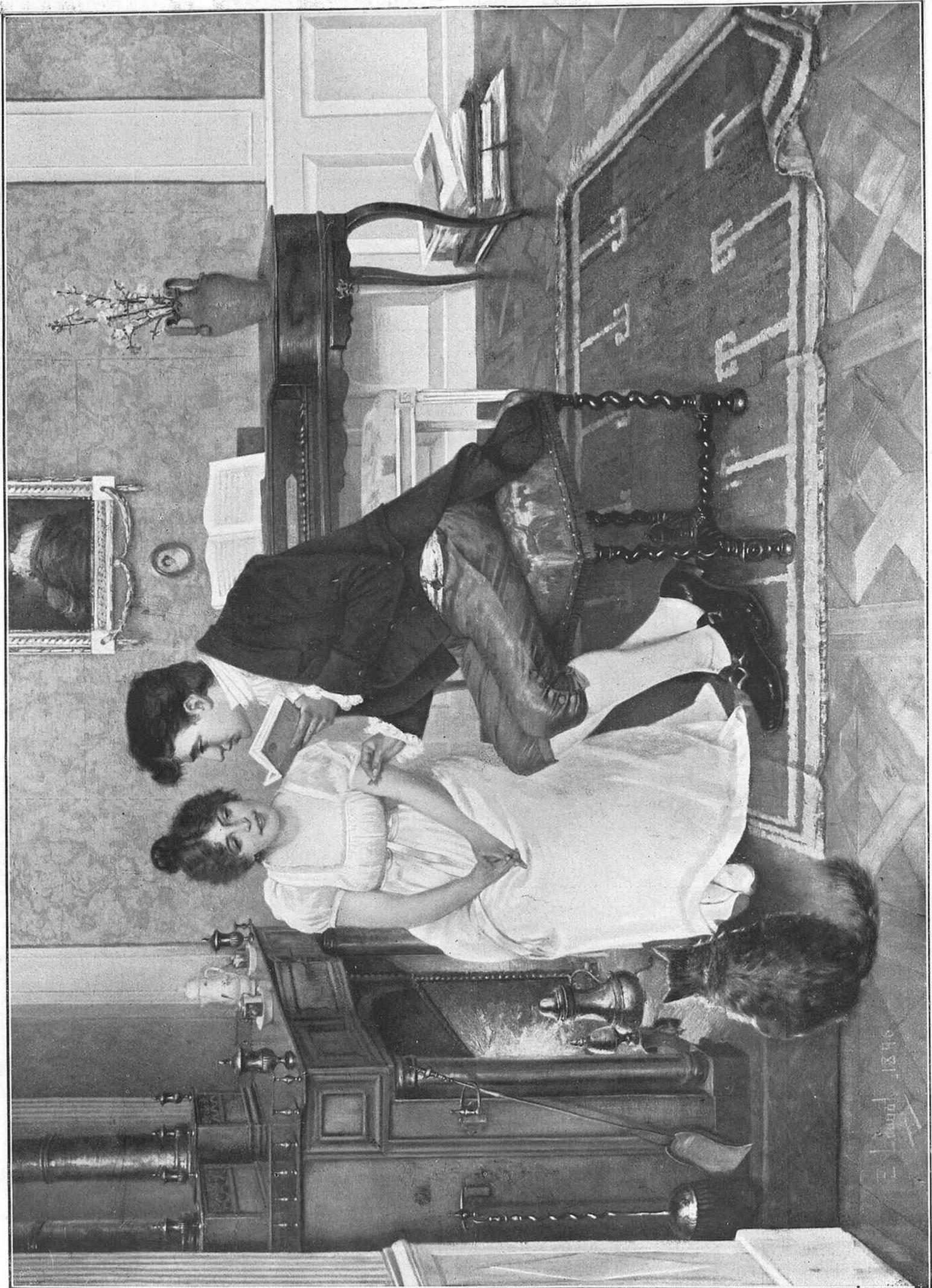
Lyón. - Llegada del tren que conduce los últimos heridos franceses inválidos canjeados por otros alemanes. El tren había sido adornado con flores y banderas por las damas de la Cruz Roja suiza. (De fotografía de M. Branger.)

austriacas atrincheradas al Sudeste de una cresta que se eleva en medio del camino del Monte Noce en la zona de Tonale, y han ocupado unas trincheras al Nordeste de la cima de Ercavallo; en el Trentino, continúan la ofensiva en el valle de Cordevole y el avance en Cadora; en Carnia han tomado algunas trincheras entre Freikopel y Palgrande; y en la región del Isonzo, han progresado notablemente en el Carso, han ocupado atrincheramientos en la zona de Plava y han rechazado en todas partes los ataques del enemigo. Varios dirigibles han bombardeado el campamento de Doberdo y el ferrocarril de Opcina.

Los austriacos, a su vez, afirman haber rechazado todos los ataques de los italianos, ocupado en la región de Peralba, en los Alpes cárnicos, varias posiciones en las alturas situadas en territorio italiano y destruido el dirigible enemigo *Cittá di Jossi*.

En los Dardanelos. - Los aliados dicen haber realizado considerables progresos, habiendo ocupado varias trincheras turcas, y añaden que sus escuadras han bombardeado con éxito algunas ciudades de la costa de Anatolia; los turcos afirman haber rechazado todos los ataques y tomado varias trincheras del enemigo.

La guerra naval. - Según noticias del Almirantazgo ruso, un submarino inglés echó a pique en el Báltico un gran crucero alemán. Se han ido también a pique los submarinos italianos *Ne-reida* y *Nautilus*, el primero por haber sido torpedeado por un submarino austriaco y el segundo por haber chocado con una mina; y el acorazado turco *Barbaross Haidedin*, que fué torpedeado por un submarino enemigo mientras se oponía al desembarco efectuado en Ariburnu por fuerzas aliadas protegidas por la escuadra.



EL LIBRO DEL AMOR, cuadro de E. Louyot. (Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)



LAS TRES GRACIAS, cuadro de L. de Langenmantel. (Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)

9



Vallvidrera (Barcelona). El «IX Aplech de la Sardana»  
Aspecto que ofrecía la plaza de Vallvidrera durante la fiesta. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

VALLVIDRERA. - IX APLECH DE LA SARDANA

En Vallvidrera efectuóse el domingo 8 de este mes el IX Aplech de la Sardana, fiesta instituída hace nueve años por un grupo de entusiastas jóvenes catalanistas, amantes de las costumbres tradicionales de nuestra región. Numerosas entidades con sus banderas y un gentío inmenso acudieron desde las primeras horas de la mañana a la pintoresca montaña que ofrecía un aspecto extraordinariamente animado.

A las diez celebróse en la iglesia parroquial un solemne oficio, en el que la *Schola Cantorum* de San Rafael Arcángel dirigida por el maestro D. José Quintana, cantó una misa a cuatro voces del maestro Perossi. Terminado el oficio, practicóse la visita espiritual a la Virgen de Montserrat, finalizando con el canto del *Ví o'ay*, de Jacinto Verdaguer.

Después de la función religiosa, en la plaza de la iglesia, dedicóse un homenaje al creador de las sardanas largas, Pep Ventura, ejecutándose la hermosa y clásica sardana *El toc d'orsió*. Seguidamente la comitiva, en la que figuraban todas las banderas, dirigióse a la «Quinta Joana» visitando la habi-

EL ALTO COMISARIO EN MELILLA

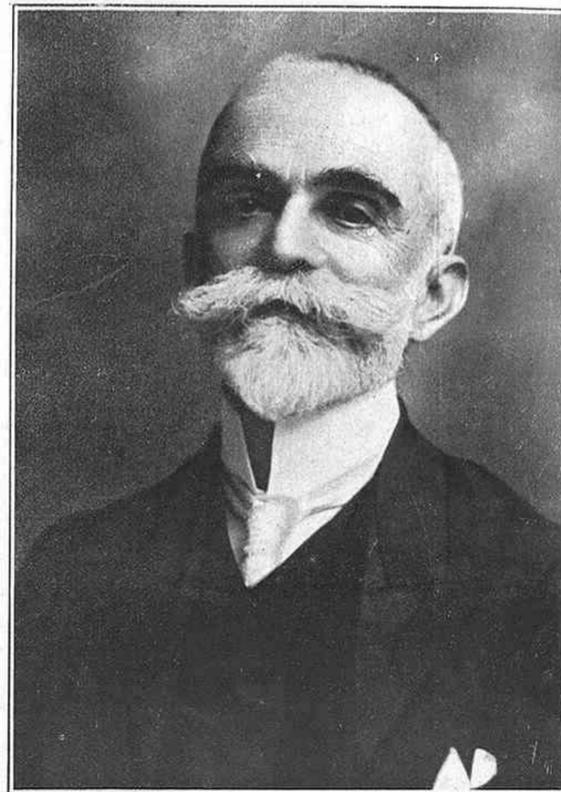
El nuevo Alto Comisario de España en Marruecos, general Gómez Jordana, después de haber tomado en Tetuán posesión de su cargo, pasó a Melilla con objeto de asistir a la boda de su bellísima hija Matilde con el ilustrado oficial del Cuerpo Jurídico D. Miguel Gamba y Sanz.

El recibimiento que la población melillense dispensó al que durante tantos años desempeñó la Comandancia general de aquella plaza fué en extremo entusiasta y cariñoso, evidenciando una vez más el afecto y el respeto que aquella población le profesa y el recuerdo gratísimo que conserva del período de su mando.

Minutos antes de las nueve de la mañana, hallábanse reunidas en el muelle Villanueva numerosas comisiones civiles y militares y una lucida representación de la población marroquí presidida por el Bachir Ben Senah y de la que formaban parte los más prestigiosos comerciantes y significados cabileños. Un gentío inmenso se agolpaba en el muelle y en las murallas. Al desembarcar, el general Gómez Jordana, que había lle-

gado a bordo del transporte militar *Almirante Lobo*, fué saludado por todas las comisiones, mientras las baterías hacían las salvas de ordenanza. Seguidamente organizóse la comitiva a cuyo frente marchaba el automóvil en el que iban el Alto Comisario y el Comandante general de Melilla, general Aizpuru. La carrera hallábase cubierta por fuerzas del ejército en traje de gala; los balcones ostentaban vistosas colgaduras, y en ellos, lo mismo que en la calle, había un público numeroso que saludó al general con grandes muestras de simpatía.

Llegado a la Comandancia general, el Alto Comisario fué cumplimentado por gran número de jefes militares, por el elemento oficial y por multitud de centros y entidades melillenses. Momentos después, desfilaron brillantemente ante el general Gómez Jordana, que se había situado en el balcón central con los generales Aizpuru y Arraiz de Conderena, las fuerzas que habían cubierto la carrera.



D. Bernardino Machado, elegido Presidente de la República portuguesa. (Fot. de Chusseau-Flaviens.)

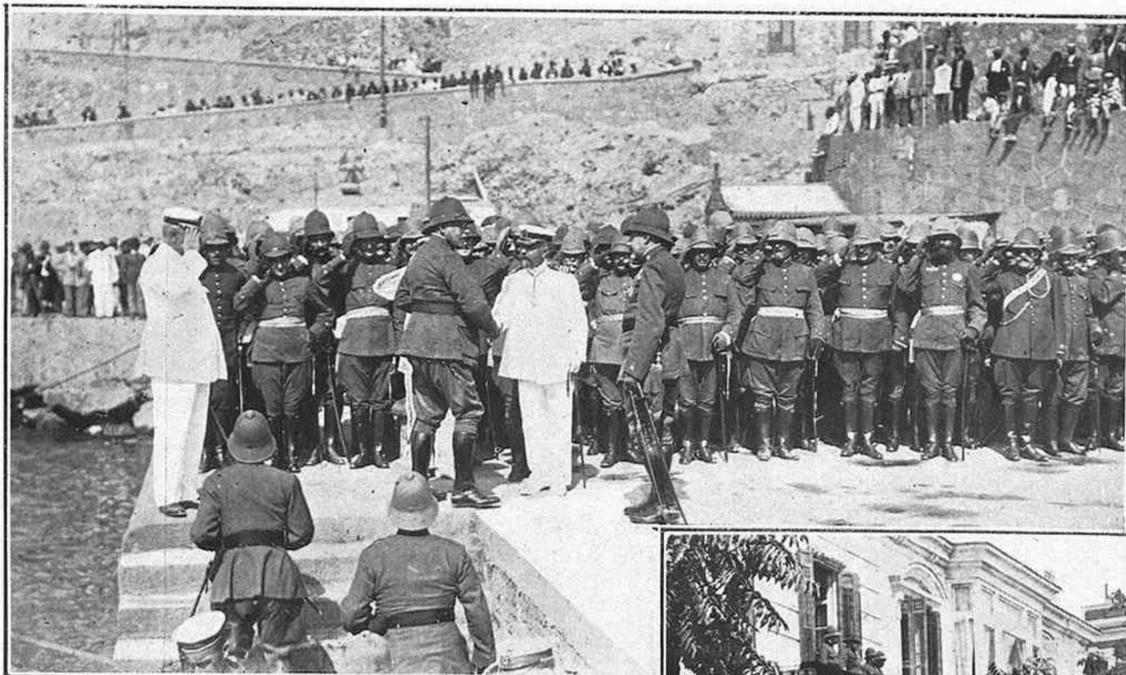
BERNARDINO MACHADO

El nuevo Presidente de la República portuguesa nació en 1851, estudió Filosofía y se doctoró en la Universidad de Coimbra, de la que fué nombrado catedrático en 1877. En 1882 representó en las Cortes el distrito de Lamego y en 1884 el de Coimbra, y en 1890 el Colegio Científico lo eligió par del Reino. Fué luego director del Instituto Industrial y Comercial de Lisboa, ministro de Obras Públicas y Presidente de la Real Academia de Estudios libres. Distanciado más tarde de la monarquía combatió rudamente en las Cámaras y en la prensa el régimen y al proclamarse la República formó parte del gobierno provisional presidido por Teófilo Braga, quien le confió la cartera de Negocios Extranjeros.

Al estallar el actual conflicto europeo era presidente de un gabinete de concentración y suya fué la iniciativa de la política de adhesión a los aliados y del acuerdo favorable a la intervención de Portugal.

Es autor de algunas obras, entre ellas la dedicada a instrucción primaria que se titula *Afirmaciones públicas* y la *Introdução a Pedagogia* presentada en el Congreso pedagógico que, en 1892, se celebró en Madrid.

Bernardino Machado es hombre dotado de gran inteligencia y goza de mucho prestigio en Portugal, en donde se confía que con su criterio imparcial conseguirá sobreponerse a las luchas de los partidos políticos.



Melilla. - El Alto Comisario general Gómez Jordana saludando a las comisiones militares en el acto de desembarcar en aquella plaza.

tación en donde falleció el gran poeta Verdaguer y dedicando allí un piadoso recuerdo al inmortal cantor de *Canigó* y de *L'Atlántida*.

Terminó la fiesta de la mañana bailándose en la era de la mencionada quinta dos sardanas y las dos típicas danzas populares de la comarca pirenaica del Urgellet, *L'indiot* y *Contrapás*, que bailó la entidad *Rob'tó Catalunya* dirigida por Enrique Vigo.

Por la tarde celebróse, en la plaza superior de Vallvidrera, la fiesta en honor de los compositores de sardanas, bailándose *L'Agnetó de Lleida*, *La nostra festa*, *Flor de rosella* y *Ponselleta desclosa*, originales de los compositores J. Quintana, E. Bosch Humet, J. Lleonsí y J. Blanc respectivamente, que fueron magistralmente ejecutadas por la célebre *cobla* «La Principal», de Perelada, que con tanto acierto dirigen los hermanos Serra, y bailadas por la mayoría de los concurrentes.

Finalizó la fiesta con una sardana de honor, *¡A la plaça!* del maestro Morera y con otras sardanas de Serra (M.), Oriol, Serra (J.) y Pujol.



El tabor de Alhucemas desfilando ante los generales Gómez Jordana, Aizpuru y Arraiz de Conderena, que presencian el desfile desde uno de los balcones de la Comandancia general. (De fotografías de Lázaro.)

# MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

Sin hablar, contemplamos juntos, por encima de los castaños dorados por el sol, la muelle ondulación de los maizales, las praderas surcadas por regueros de agua viva, las esbeltas montañas que se alzan a la entrada del desfiladero del Bastan.

El entusiasmo de la señorita Dionisia, en presen-



A cada instante, mi tío asoma la cabeza fuera...

cia de este grandioso paisaje, se traduce en joviales exclamaciones:

- ¡Qué hermoso país!.. Estoy muy contenta de poderlo admirar a mis anchas, y decir mi admiración a alguien que la comprenda.

Sus negros ojos se humedecen.

En este momento me recuerda la Carlota del *Werther*, acodada en la ventana de la casa de montaña y vertiendo dulces lágrimas, al espectáculo de los bosques serenos después de una tormenta.

Mientras saboreamos en paz las delicias de la conversación, delante de esta verde campiña, inundada de sol, el silencio es interrumpido por un ruido de ruedas y cascabeles, y vemos salir de la cochera un landó vacío, tirado por cuatro caballitos negros.

- ¡Dios mío!, ¡nuestro coche!.. Es necesario que vaya a reunirme con mis señoras, suspira la señorita Suzor... Adiós, caballero.

- No... Hasta la vista... Espero encontrarla a usted en Luz, señorita.

Nos estrechamos la mano y ella se va sonriendo.

Yo me quedo asomado a la balastrada.

Las criadas se agitan ya en el patio; dos mozos traen los equipajes y el cochero se instala en el pescante.

Del fondo del vestíbulo emerge una señora bastante repleta y lánguida, con un velo de crespón liso y un guardapolvo de tuser... Es la señora Egrefeuil.

Su hija la sigue de cerca, vestida con un traje de falda corta, tocada con una gorra blanca y llevando en la mano una caja de pintura.

Dionisia Suzor aparece la última, cargada de sombrillas y de almohadones que pone sobre el asiento del fondo.

La señora Egrefeuil sube penosamente al landó y se sienta al lado de Sol.

La señorita de compañía ocupa sola el asiento opuesto al de las dos señoras.

El cochero recoge las riendas y toca con el látigo los caballitos de Tarbes que resoplan y sacuden sus cascabeles.

De pronto, mientras el personal del hotel saluda, el carruaje se pone en movimiento y sale de la puerta cochera.

Apenas tengo tiempo de sorprender una furtiva mirada, echada por la señorita Dionisia en dirección de la terraza, donde permanezco largo rato escuchando el ruido de las ruedas sobre el casquijo y el claro sonido de los cascabeles.

A medida que se aleja el ruido del landó, la alegre luz del paisaje parece disminuir, y experimento esa sensación de vaga tristeza que se siente, por la noche, en ciertas estaciones de provincia, cuando el brillo de los faroles decrece súbitamente después de la salida del tren.

## VIII

El malestar persistente de Florencio no nos permitió salir de Pierrefitte aquella misma tarde, como yo esperaba.

Sólo al día siguiente, después de haber tomado una reconfortante taza de te con ron, mi tío se ha sentido más dispuesto. Se ha declarado «carenado» y pronto a ponerse otra vez en marcha.

Morral auestas, bajamos alegremente al desfiladero de Luz, que la frescura matinal baña todavía.

¿Es la satisfacción de ver a Florencio Garaudel restablecido, o es que me hallo inconscientemente bajo la influencia de la esperanza de encontrar a Dionisia Suzor en Luz?..

El camino, tan encajonado como el de Cauterets, me parece de una amplitud más risueña y de una intimidad más amable.

La vegetación es de un verde más alegre.

En la base de la pared roquiza en que está practicado el camino, corre presuroso un riachuelo murmurador; encajes de helechos penden de los costados de la roca, por la cual trepan vides silvestres; tupidos brezos ostentan allí sus rosadas flores ribeteadas de negro; en lo más alto, el sol empieza a dorar las resquebrajadas cimas.

El mismo Florencio, reanimado por una buena noche de reposo, se digna apreciar esta naturaleza más amena y se pone a hacer agradables castillos en el aire.

- Meditando en mi cama del hotel, murmuré, he formado mi plan de campaña. Luz será durante algún tiempo nuestro centro. Soy de parecer que, a nuestra llegada, debemos buscar en casa de alguna familia decente un par de habitaciones cómodas, no muy caras. Viviremos en ellas más confortablemente que en el hotel, donde nos limitaremos a tomar el almuerzo y la comida, y así seremos más libres de nuestros movimientos. Para nuestras excursiones por la montaña, sobrarán sitios interesantes; tenemos cerca el Bergonz, el circo de Gavarnie, el pico del Midi de Bigorre... Y además, añade guiñando el ojo: «Aquí es donde ella respira».

La misteriosa intención con que al parecer ha pronunciado estas palabras y la mirada maliciosa que la ha acompañado, me hacen suponer que Florencio Garaudel espía mi conversación con la señorita Dionisia y hace alusión a su presencia en Luz. Me pongo ligeramente colorado, pero replico afectando indiferencia:

- ¿Qué quieres decir?.. No te comprendo.

- Te creía más inteligente. Significa que, de seguro, la señora de Val Clavin ha elegido domicilio cerca de aquí... He sonsacado a la camarera del pañuelo granate y he sabido que, el día antes de nuestra partida de Cauterets, un landó trajo a la fugitiva Herminia al hotel de Pierrefitte.

La muchacha, a quien llamaron grandemente la atención la hermosura y la distinción de la viajera, curiosa además y ladina como suelen serlo las sirvientas de hotel, interrogó al cochero y supo que la dama iba a instalarse en Saint-Sauveur... Estos informes concuerdan con el billete que ella me escribió.

Saca de su cartera la misiva preciosamente conservada y la lee otra vez subrayando cada palabra con una mirada dirigida por lo bajo hacia mí.

- Ya ves que no era un fracaso, dice en conclusión mi tío... Está claro que reside ahora en Saint-Sauveur y que allí me espera.

- No tan claro como dices, puesto que se olvidó de darte su dirección.

- ¡Ergotista!.. Estaba insegura, como nosotros, del domicilio que elegiría. La dirección la encontraremos fácilmente en el Establecimiento de Baños.

- ¡Cómo!, tú, hombre serio, ¿no has olvidado todavía esa vulgar aventura de mesa redonda?

- ¿Vulgar?.. No lo es para mí... Precisamente porque soy un hombre serio y sensato, hago justicia a los encantos de la señora de Val Clavin, a las gracias de su espíritu... y quiero cultivar la amistad de una persona de la mejor sociedad... He dicho.

Está visto que esa persona de «la mejor sociedad» le ha hechizado.

El tono imperioso de Florencio me da a comprender que nada ganaré discutiendo con él; mis contradicciones no servirían más que para aumentar su obstinación y su locura.

Me callo pues y, durante un cuarto de hora, caminamos en silencio por la carretera suspendida sobre el Bastan.

A medida que avanzamos, los dos muros del desfiladero se ensanchan. En los estribos escalonados de la montaña, aparecen blancas casas de labranza entre praderas de un verde sabroso.

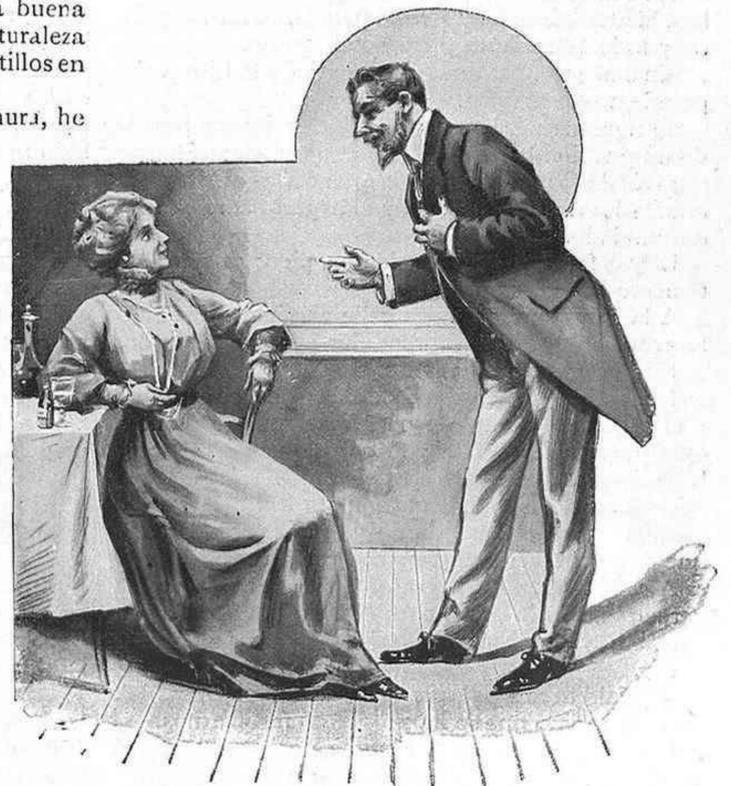
Al salir del desfiladero, la carretera, plantada de álamos, serpentea perezosamente a través de los prados en que cien arroyuelos brillan al sol.

No tardamos en divisar a Luz.

El pueblo, coronado por las dos torres de la iglesia de los Templarios, se halla al pie del Bergonz, entre los valles de Bareges y de Saint-Sauveur.

Detrás, los picos que lo rodean, surgen, sembrados de azul en la base, y desfilan sobre el cielo sus doradas cimas. Algunos han conservado sombreros de nubes y humean como volcanes.

Nos detenemos un instante en presencia de este paisaje de una frescura exquisita y de una nobleza



- ¿Cómo va la salud, señora?

ideal. Mi tío Florencio, que daba cuerda a su reloj, experimenta tan excepcional sobresalto de asombro, que deja caer al suelo su precioso cronómetro, lo cual enfria instantáneamente su entusiasmo.

En vano sacude su reloj; éste no anda.

— ¡Se ha roto el muelle!, gruñe el hombre de mal humor.

De buena gana descargaría ese humor sobre mí, pero como la única causa del accidente es su torpeza, se limita a exhalarlo, discutiendo agriamente sobre la elección de hotel.

— Hospedémonos interinamente en el de los Pirineos, insinúo yo hipócritamente, y según el almuerzo que nos sirvan, juzgarás si debemos quedarnos en él.

De esta manera consigo llevarlo a esta fonda en que se albergan los Egrefeuil.

Está situada precisamente a la entrada del pueblo.

Por una feliz casualidad, resulta que la patrona es simpática y el almuerzo excelente. El establecimiento tiene buen aspecto. Las criadas son serviciales; la tortilla con setas, las perdices asadas muy a punto y los melocotones de los postres serenan a Florencio Garaudel, que es algo glotón.

Inmediatamente después de haber tomado el café, entra en el despacho del hotel y explica nuestra intención de comer en la mesa redonda y dormir en casa particular.

— Perfectamente, contesta la previsora patrona; a cien pasos de aquí hay habitación vacante en casa del relojero Casmajoux... Salón y dos bonitos cuartos dormitorio... Vaya usted de mi parte y procure entenderse con los dueños... Los Casmajoux son personas honradísimas...

Al enterarse de que se trata de un relojero, Florencio echa a andar y yo le sigo.

A unos cien pasos, en efecto, una muestra que cuelga debajo de un balcón verde anuncia a los transeuntes que «Casmajoux vende relojes y compra objetos de oro y plata.»

La casa es bonita; una parra enguinalda el balcón corrido a que dan las aberturas del primer piso.

Dejo que mi tío se precipite en casa de los esposos Casmajoux, y diez minutos después le veo volver con cara de pascuas:

— Nos hemos arreglado, dice; el relojero ha sido razonable... He alquilado las habitaciones por dos semanas y por añadidura me compondrá el reloj. Vete corriendo a las Mensajerías, haz transportar aquí nuestros equipajes y nos instalaremos en el acto... Después de lo cual, nos llegaremos hasta Saint-Sauveur.

El transporte de las maletas y la instalación nos han ocupado buena parte de la tarde.

La habitación es limpia y está bien amueblada. Mi tío, como es natural, ha escogido el cuarto más cómodo, el que da al balcón. El mío está orientado frente a la montaña, encima de un diminuto prado rodeado de chopos.

Después de haber colocado minuciosamente toda su ropa y demás efectos en los armarios, después de haberse lavado y vestido, se decide a llevarme consigo.

Pero mientras tanto el cielo se ha cargado de nubes, la atmósfera se ha puesto pesada, el aire asfixiante, y todo anuncia un próximo chubasco.

Sin embargo, pasamos el torrente de la Lise y emprendemos la marcha.

Se necesitan escasamente quince minutos para ir de un pueblo al otro y el trayecto sería encantador a través de los prados regados por claros arroyos, sin la pesadez de la atmósfera y el aspecto amenazador del nublado.

Largas fajas de bruma velan los picos y bajan lentamente hacia las praderas.

A la entrada de la única calle empinada de Saint-Sauveur, nos vemos sorprendidos por un chaparrón. Imposible seguir adelante.

Dudando entre el deseo de saber de su Herminia y el temor de echarse a perder su ropa, Florencio opta por refugiarse en el vestíbulo de una casa amueblada. Apoyados frente a frente en las jambas de la puerta, miramos melancólicamente la lluvia que se estrella contra el empedrado y el arroyo de la calle que se convierte en un torrente amarillento.

A cada instante, mi tío asoma la cabeza fuera a ver si el nublado pasa; pero el cielo permanece implacable y el chaparrón continúa con más violencia.

— ¡Maldito tiempo!, murmura Florencio Garaudel. No parece sino que se ha propuesto fastidiarnos.

Pone ceño adusto y se hipnotiza contemplando el arroyo que crece y desborda sobre la acera.

Transcurre media hora larga y la lluvia persiste. Entonces me aventuro tímidamente a insinuar que hay en frente de nuestro refugio un establecimiento de carruajes de alquiler, y que si queremos llegar a Luz a la hora de comer, lo mejor sería arreglarnos con el amo de la cochera y hacernos conducir al hotel.

Florencio empieza por oponerse; mas como el diluvio continúa, se resigna refunfuñando. Atravieso la calle y me entiendo con el alquilador de carruajes que consiente en repatriarnos por cinco francos.

Veinte minutos después, una victoria tirada por un caballito nervioso, se detiene delante de nuestro refugio.

Nos abrigamos como podemos bajo la chorreante capota y rodamos hacia el fondo del valle.

¡Ironía de los elementos! Apenas hemos pasado el puente, cuando la lluvia disminuye, las nubes se rasgan y súbitamente el cielo se despeja.

Este caprichoso cambio acaba de exasperar a mi tío, que me acusa de haber carecido de perspicacia.

— ¡Ya sabía yo que este chubasco no podía durar!, gruñe el exdroguista... Hay gentes que tienen menos paciencia que un gato que se ahoga.

Para calmarlo, a nuestra llegada, echo mano de mi portamonedas y pago al cochero. Mi gesto humilla a Florencio sin desarmarlo. Su mal humor redobla cuando, al entrar en el comedor, nota que casi todos los puestos están tomados.

Sin embargo, en uno de los ángulos de la mesa, hay cinco sillas desocupadas. Mi tío va a apoderarse de una de ellas, cuando le interpela una voz masculina:

— Usted dispense, caballero, estos puestos están reservados, como lo prueba la inclinación de las sillas.

El sonido de la voz del reclamante no me es desconocido.

Me vuelvo y me encuentro cara a cara con un guapo joven, de mi edad o un poco más, cuyo traje, a la vez descuidado y llamativo, parece combinado para admirar a los burgueses.

Este turista lleva una americana de pana amarillenta y *knickerbockers* de igual tela, que bombean sobre medias escocesas; un cinturón blanco por encima de una camisa de seda azul celeste, con un ancho cuello sobre una corbata a la Colin. Las pantorrillas que abultan bajo la lana a cuadros, las espaldas anchas y el buen color de la cara indican una salud robusta.

La cabeza, a la Rembrandt, tiene carácter; desgraciadamente, su belleza es desvirtuada por dos ojos grises de mirada fugitiva y por la expresión inquietante de una boca de fauno.

Nos miramos durante algunos segundos y, de pronto, con no sé qué de demasiado acariciador en la entonación, el interlocutor de Florencio exclama tendiéndome la mano:

— ¡Eh!, ¿usted por aquí, mi querido Silmont?.. ¡Cuánto me alegro!

El turista es Silvano Ternat, un pintor de mucho mérito, pero en quien la habilidad, la ambición y el orgullo superan al talento.

Aunque ha llegado joven a la notoriedad, sin haber luchado más penosamente que sus camaradas, Ternat ha tenido el acierto de rodearse de una especie de aureola creada por una leyenda de gran hombre envidiado y perseguido por los académicos.

Como se erigió desde luego en jefe de la escuela impresionista, los fracasados, los descontentos, los *snobs*, agrupados en torno de su ruidosa personalidad, se han constituido en turiferarios suyos y le han proclamado artista genial, indignamente dejado a un lado por los pintores académicos.

Se lo han repetido tanto que ha concluido por creerlo, pues tiene un alto concepto de sí mismo y cree mal recompensado su mérito. Así es que se expresa amargamente sobre la injusticia de sus contemporáneos.

Le encuentro a veces en sociedad; no tenemos los mismos gustos ni las mismas aficiones; pero cubrimos cortésmente nuestras antipatías con un barniz de cortesía común.

— ¿Piensa usted pasar algún tiempo aquí?, me pregunta Ternat; yo he venido con amigos por unos quince días.

El maestra la ha encontrado medio de colocarnos, a Florencio y a mí, al extremo de la mesa. Nos sentamos y sirven la sopa.

En este momento se abre la puerta lateral y veo entrar, como un rayo de sol, a Dionisia Suzor, en el hombro de la cual se apoya la lánguida señora Egrefeuil, abrigada con una mantilla.

Las siguen la señorita a quien ya he visto en Pierrfitte, y el Sr. Egrefeuil padre, un floreciente caballero de unos cincuenta años, bien conservado, elegante, con el monóculo puesto, una rosa en el ojal y las mejillas adornadas con rubias patillas a la austriaca.

Silvano Ternat se junta con ellos y los cinco se sientan a su vez en los puestos reservados: el marido al lado de su mujer y la señorita al lado del pintor, mientras que Dionisia ocupa modestamente la última silla.

Florencio, muy ocupado en saborear la sopa, deja caer bruscamente su cuchara en su plato y parece desconcertado al aspecto del Sr. Egrefeuil. Éste, en cambio, no parece haberlo notado. Inclinado hacia su doliente esposa, comparte su tierna solicitud entre ella y su hija Sol.

La muchacha tiene el aspecto robusto de su padre.

Sus cabellos castaños, divididos por una raya lateral, encuadran con sus rizos una cabeza voluminosa e inteligente; las facciones son firmes y bien delineadas; los ojos, de un azul intenso, son vivos y osados; la boca es desdeñosa y la barba un poco maciza. Un traje sastre hace valer la flexibilidad del talle y el hermoso modelado del busto.

Sol Egrefeuil pasaría verdaderamente por una belleza, sin su aplomo excesivo y sus modales demasiado masculinos.

El pintor la colma de atenciones y hace todo lo posible para producirle ventajoso efecto: diserta en voz alta sobre el arte y los artistas, dirigiéndose ostensiblemente tan sólo a la señorita Egrefeuil, que bebe ávidamente sus palabras.

Dionisia Suzor me ha enviado con la vista un tímido saludo; presta oído a las sentenciosas palabras de Ternat, sin despegar los labios; pero como su límpida mirada revela sus menores pensamientos, imagino que las frases efectistas del pintor le dan escaso gusto.

Éste sigue, sin embargo, dándose importancia, durante toda la comida.

A los postres, cuando ya la mayor parte de los comensales se levantan, se me acerca.

Ha juzgado sin duda que la ostentación de nuestras relaciones mundanas puede serle de alguna utilidad cerca de sus nuevos amigos; me coge por el brazo y me lleva a los Egrefeuil:

— Permítanme ustedes que les presente a un novelista de gran porvenir, dice, mi amigo Miguel Silmont.

La señora Egrefeuil mueve lánguidamente la cabeza, la señorita Sol se digna sonreír, y su padre me estrecha la mano con efusión.

Detrás de mí, siento a mi tío que se agita, y creo conveniente presentarle a mi vez:

— Mi tío Florencio Garaudel, botánico infatigable, que viene a estudiar la flora de los Pirineos.

Esta vez, la mamá apenas se mueve, la señorita Sol permanece impassible y una furtiva sonrisa pasa por los labios de Dionisia Suzor.

El Sr. Egrefeuil se inclina ceremoniosamente.

Florencio, que ha recobrado su aplomo, se aventura a decir volviéndose hacia el jefe de la familia:

— Creo, caballero, que tuve ya el gusto de encontrarme con usted el viernes pasado, en el lago de Gaube.

Embarazado un momento, el Sr. Egrefeuil se puso imperceptiblemente colorado y contestó con un tono seco:

— Se equivoca usted, caballero... No pudo usted verme en el lago de Gaube, puesto que me encontraba aquí, ocupado en preparar las habitaciones de estas señoras.

Florencio es obstinado:

— ¡Cosa más singular!, insiste...

Yo comprendo que va a cometer alguna torpeza, y le corto la palabra despidiéndome del grupo y llevándome fuera a mi tío.

La turbonada ha pasado, el sol acaba de desaparecer y las montañas con sus cresterías se destacan claramente sobre un ocaso anaranjado.

La atmósfera es de una maravillosa limpidez y la campiña exhala un perfume de tierra mojada.

Pienso en el placer que me proporcionará el renovar mis relaciones de respetuosa y cordial amistad con la señorita Suzor y, mentalmente, contemplo su puro rostro de tez mate destacándose sobre el dorado fondo del cielo, como en ciertas pinturas bizantinas...

— A pesar de todo, murmura el obstinado Florencio Garaudel, mientras nos retiramos a casa, nadie me quitará de la cabeza que yo he visto ya a este caballero en otra parte.

## IX

— ¿Cómo va la salud, señora?.. ¿Experimenta usted ya la acción bienhechora de las aguas de Barzun?

Es Florencio Garaudel que con su voz cantante interroga solícitamente a la señora Egrefeuil, en el momento en que ésta se sienta a la mesa para comer, entre un frasco de píldoras y una botella de agua mineral.

Hace algunos días que nos encontramos en Luz; pero hasta ahora el tiempo borrascoso e inseguro no

ha permitido a mi tío intentar la ascensión de las «altas cumbres».

Florencio se desquita intimando con los Egrefeuil.

Afecta interesarse por las neuralgias de la señora y cultiva la amistad del marido, con quien juega al dominó durante las tardes lluviosas.

A pesar de todo está persuadido de haber encontrado al Sr. Egrefeuil en el lago de Gaube y procura solapadamente captarse la confianza del azucarero, a fin de obtener la dirección en vano buscada de la señora Val-Clavín.

Yo mismo, lo confieso, me presto a la maniobra de mi tío.

De ella saco doble provecho: desde luego, me dispense de cargar siempre con Florencio; y en segundo lugar, puedo hablar más fácilmente con Dionisia Suzor.

Ahora formamos, con los Egrefeuil, Ternat y nosotros, un grupo aparte; ocupamos todo un extremo de la mesa, donde Florencio y los dos esposos se hallan en frente del pintor y de la señorita Sol, y donde tengo la suerte de tener a Dionisia por vecina.

Llena el comedor el zumbido de las conversaciones de los comensales, el ruido de los platos y el ir y venir de los mozos.

Reina en él un calor pesado y se han abierto las ventanas que dan a la calle.

Las anchas aberturas dejan ver la empinada carretera y, en el fondo, las montañas enrojecidas por el sol poniente.

De vez en cuando, los rumores de la mesa redonda son cortados por chasquidos de látigo, rodar de carruajes y galopes de cabalgatas que vuelven de Barages o del pico de Bigorre. Cuando el ruido se apaga, la voz de chantre de Florencio Garaudel resuena de nuevo:

— Las propiedades sedativas y tonificantes de las aguas de Barzun son debidas a la presencia del sulfuro y del cloruro de sodio; obran eficazmente sobre el sistema nervioso, y no tardará usted en notarlo, señora Egrefeuil.

— Así lo deseo, caballero, suspira quejumbrosamente la dama, pero hasta ahora tengo los nervios muy sensibles y sufro crueles insomnios... La noche pasada, la señorita Suzor ha tenido que leerme la mitad de una novela inglesa, antes de poder dormir un poco.

— ¡Prodigioso!, interrumpe irónicamente la señorita Sol... ¿Una novela inglesa?... Yo, a la segunda página, hubiera dormido profundamente.

— ¿No le gustan a usted las novelas, señorita?, digo a mi vez.

— Según, replica la joven, no me gustan las ficciones virtuosas que parecen infusiones de malvavisco. Necesito obras impresionantes, novelas que sean trasuntos de la vida, sin reticencias tontas, sin cobardes concesiones a los burgueses.

— ¡Hum!.. Es usted intransigente.

— El porvenir es de los intransigentes, declara rotundamente la señorita Sol, y volviéndose hacia Silvano Ternat, añade:

— ¿Verdad, maestro?

— Ciertamente, señorita, contesta en tono sentencioso el pintor; en literatura como en pintura, el verdadero creador debe obedecer a su temperamento y reproducir la naturaleza tal como la ve, sin preocuparse de la convención clásica ni de las preocupaciones rutinarias del vulgo; sobre todo sin transigir jamás con su conciencia de artista. La muchedumbre es instintivamente hostil a los talentos originales. Los perseguiría, si fuera preciso, para castigarlos por alterar sus costumbres admirativas... Si se me permite hablar de mí, continúa con una apariencia de modestia que desmiente el pliegue amargo de sus labios y el altivo desprecio de la mirada, yo he experimentado dolorosamente el odio del público por toda fórmula de arte nueva y personal. He sido escarnecido e injuriado por la crítica oficial, calumniado por mis colegas del bando académico. Así es que nunca se me abrirán las puertas de la Academia de Bellas Artes, cosa que poco me importa.

Mientras Ternat destila gota a gota y modula sabiamente este pequeño discurso, yo examino alternativamente a la señorita Egrefeuil y a la señorita Suzor.

Sol, con los ojos animados, escucha fervorosamente y subraya con un gesto de aprobación cada frase.

Dionisia esboza una mueca burlona, y, en sus sinceras pupilas negras, me parece leer claramente:



Ternat mira de pies a cabeza a su interlocutor

«¡Qué comediante!»

Yo mismo me siento irritado por esta afectación de presentarse como víctima y protesto:

— Francamente, mi querido Ternat, no tiene usted motivo para quejarse... Su pintura se vende a buen precio, ha sido usted condecorado y es el jefe incontestable y aclamado de la escuela impresionista.

Él agita la mano como para rechazar esta calificación.

— Amigo mío, hágame el favor de no servirse de esa denominación vacía de sentido. El público tiene la manía de clasificar a las personas de talento pegándoles en la espalda una etiqueta más o menos ingeniosa... ¿Impresionista? ¡Bah!, todos tenemos «impresiones», lo que difiere es la manera de traducirlas. Diga usted, si quiere, que por medio de una técnica nueva he buscado libremente la expresión de la realidad; llámeme usted «independiente...» Pero no me encierre usted en una escuela... Esas palabras pedantes de naturalismo, de impresionismo, de modernismo no hacen más que extraviar los espíritus, turbar los cerebros.

— ¡Oh!, sí, el Sr. Ternat tiene muchísima razón, aprueba cándidamente la señora Egrefeuil... Esas palabras bárbaras con que Sol se llena la boca, me molestan. Todos esos *ismos* me horripilan... Han contribuido a descomponer mis pobres nervios.

Su hija suelta una carcajada tan irreverenciosa que el Sr. Egrefeuil cree deber manifestar su reprensión paterna:

— ¡Sol!, murmura; hija mía, ten prudencia.

Sigue una pausa.

Mi tío, atontado por esta discusión de la cual no ha comprendido nada, quiere sin embargo intervenir en la conversación.

— Opino como usted, afirma a la señora Egrefeuil. Todas esas grandes palabras me dan vueltas en la cabeza como aspas de molino. En Villotte, donde poseemos sin embargo algunos aficionados distinguidos, no hilamos tan delgado. Decimos de un cuadro: es una pintura hermosa, o: es un mamarracho; y basta... ¿Qué le parece, Sr. Egrefeuil?

— ¡Oh!, yo, contesta el azucarero ahuecando el

pecho, yo me declaro incompetente. No me ocupo en cuestiones de arte. Prefiero consagrar el poco tiempo que los negocios me dejan libre a mis deberes de padre de familia... La intimidad familiar, la mujer y los hijos a quien se rodea de solicitud, el hogar doméstico al que se aporta cada noche un poco de alegría y de bienestar; créame, Sr. Garaudel, esto es lo único bueno que hay en la vida; todo lo demás es manjar de poca substancia.

Mientras el Sr. Egrefeuil pronuncia con voz meliflua esta edificante homilia, nada más divertido que estudiar la clara fisonomía de Dionisia Suzor. Ésta nada dice, pero la móvil expresión de su rostro habla a pesar suyo.

Imperceptibles pliegues de la frente, la dilatación de las alas de la nariz, la contracción de las comisuras de los labios expresan sucesivamente la incredulidad, la ironía y la desconfianza.

La señorita Sol tampoco parece muy emocionada por la elocuencia paterna. Inclínandose hacia Silvano Ternat, cuchichea:

— ¡Anda!.. Ya se ha lanzado papá al terreno de los goces de la familia: paz del matrimonio, suavidades del puchero, cunas infantiles, amor conyugal... ¿Eh?... ¡Qué tupé!.. ¡Y qué lata!..

El caso es que el virtuoso discurso paternal no acaba nunca; empezó con el plato dulce y no termina hasta las uvas de los postres.

El refinador habla con unción; sus ojos azules se embeben de una celeste dulzura; sus patillas encuadran suavemente sus labios de donde las frases manan como la leche y la miel de la Escritura.

Parece tan convencido que Florencio empieza a creer que ha hecho un juicio temerario, y que este modelo de esposos no ha pensado jamás en florear con Herminia de Val-Clavín.

Anochece.

Se han encendido las luces, y varias mariposillas, venidas de fuera, revolotean en torno de las lámparas.

El calor producido por el gas da todavía mayor pesadez a la atmósfera impregnada de olores de vituallas.

La señora Egrefeuil se enjuga las sienes y respira un frasco de sales inglesas.

Algunos comensales han abandonado ya el comedor.

A una señal del Sr. Egrefeuil, todo nuestro grupo se levanta y sale a la calle a tomar el fresco.

En el umbral de la puerta, Florencio, que marcha al lado de Ternat, cuya condecoración y frases ampulosas le deslumbran, cree deber mostrarse amable con esta notabilidad artística.

Para entrar en materia, le pregunta si ha expuesto en el Salón de este año.

Silvano Ternat mira de pies a cabeza a su interlocutor, a quien tiene por un perfecto filisteo, y contesta desdeñosamente:

— ¡Yo!, ¿prostituirme en ese mercado de cuadros en que reina una promiscuidad asquerosa? No, señor. Aborrezco las exhibiciones oficiales. No expongo más que en mi estudio... Sólo allí se reúnen los amantes de mi pintura.

Esto dicho, vuelve la espalda a Florencio Garaudel y va a juntarse con la señorita Sol que le espera al pie de la escalinata fumando un cigarrillo.

La señora Egrefeuil consiente en acompañarnos a paseo por la carretera. Se apoya con languidez en el hombro de Dionisia a quien ha cargado con una silla de tijera, en previsión de un alto obligado por su estado de debilidad.

La pobre me da lástima; para aligerarla del peso principal, ofrezco el brazo a la señora y marchamos los tres un poco regazados.

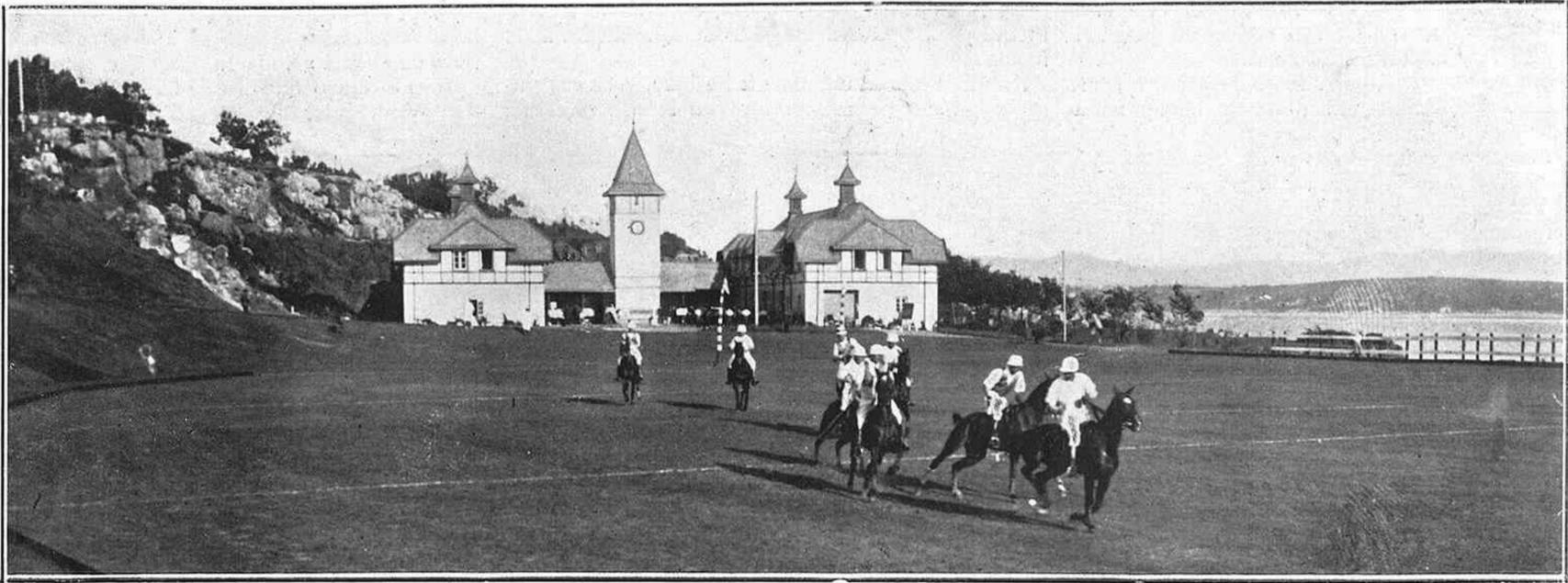
La noche es de admirable limpidez.

En este aire transparente, las constelaciones dibujan con más intensidad sus misteriosas figuras geométricas, en que las estrellas de primera magnitud brillan como gruesos diamantes. Los caminos de la vía láctea parecen ligeras nubes blancas, inmóviles entre la tierra y los astros que se distinguen a través de las nebulosas.

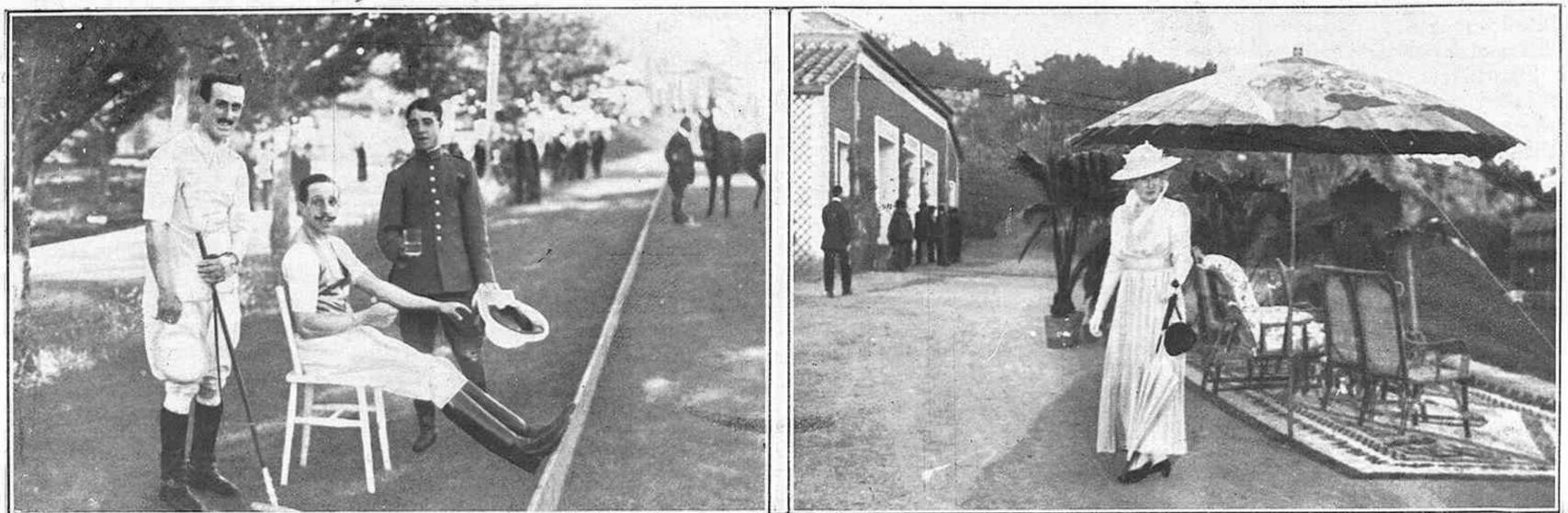
Hago observar esta magia del cielo a mis dos compañeras; pero la señora Egrefeuil no quiere levantar la cabeza. Dice que esto le produce vértigo.

(Se continuará.)

SANTANDER. - EL VERANEO DE LA FAMILIA REAL. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Partido de polo en el campo de la Real posesión de la Magdalena. - Un aspecto del campo durante el partido



S. M. el Rey y el conde de Maza durante un descanso. - S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Victoria presenciando el partido

Sabido es que entre los deportes que con mayor afición cultiva S. M. el Rey D. Alfonso XIII ocupa indudablemente el primer lugar el polo, del que el joven monarca es campeón tan entusiasta como diestro.

No es, pues, de extrañar que durante el veraneo dedique buena parte del tiempo que le deja libre el despacho de los negocios de Estado, a este juego y que casi todos los días se organicen interesantes partidos en los que compiten con el soberano algunos ilustres aristócratas. Recientemente se han jugado dos que han resultado empeñadísimos: en el primero, formaron el bando morado S. M., S. A. el Infante don Alfonso y el duque de Santoña; y el blanco, el marqués de Viana, el señor Santos Suárez y el conde de Maza, habiendo ganado el bando morado por ocho *goals* contra cinco que se apuntó el blanco. En el segundo partido, constituían el primer *team* el Rey D. Alfonso XIII, el marqués de Viana y el duque de Santoña, y el segundo el Infante D. Alfonso, el conde del Rincón y el Sr. Santos Suárez, habiendo obtenido la vic-

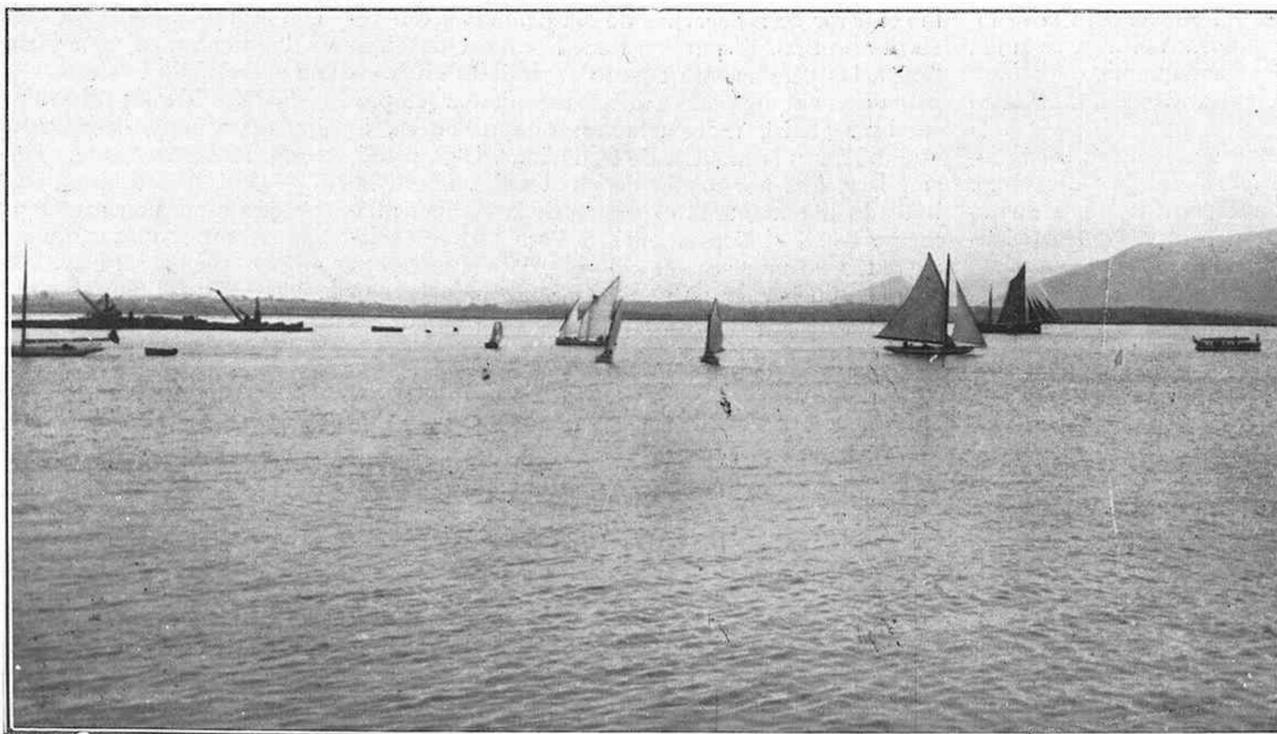
toria los primeros por siete *goals* contra cuatro.

Los partidos se juegan en el campo de polo de la residencia real de «La Magdalena», que reúne todas las condiciones que para el juego puede desear el deportista más exigente, puesto que, además de una hermosa y extensa pista, está dotado de

Desde el campo, situado al pie del montículo en cuya cúspide se alza el palacio, y cerca del mar, disfrútase de una vista encantadora.

S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Victoria y S. A. la Infanta D.<sup>a</sup> Beatriz suelen presenciar los partidos de polo en los que desempeñan principalísimo papel sus augustos esposos.

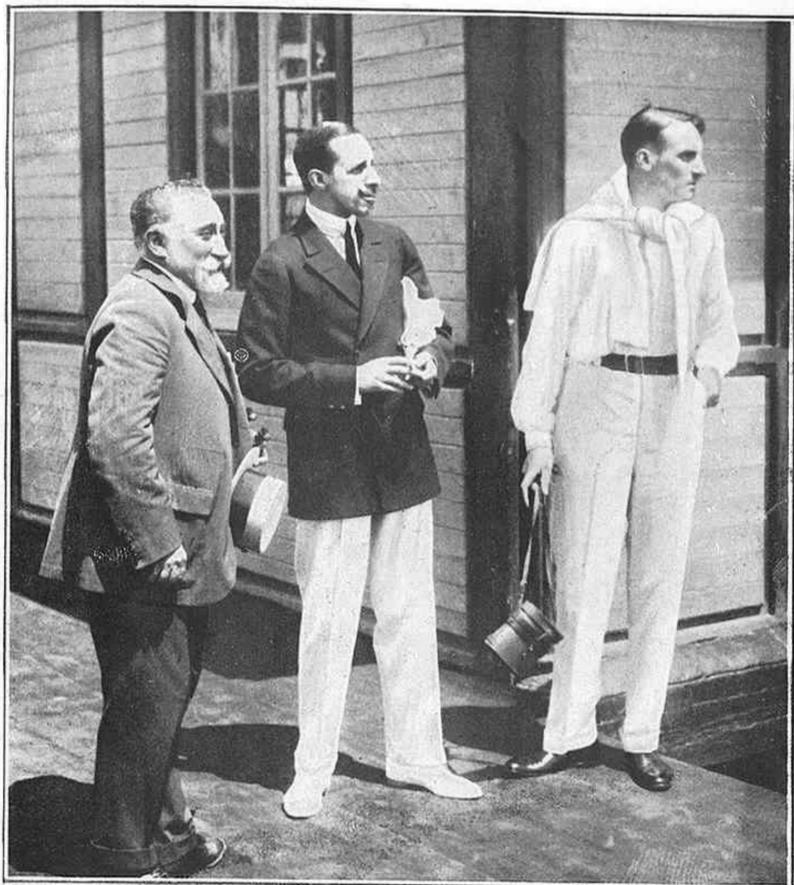
Han comenzado las regatas habiéndose celebrado las primeras pruebas de la Copa Pérez Lemaur para balandros patroneados por señoritas. Las embarcaciones que han tomado parte en estas pruebas han sido las denominadas *Z. 2, Sula, Mosquito, Marnay* y *Cántabro* que dirigen respectivamente las señoritas María Herrera, Elena Gayé, María Luisa Huidobro, Inés Pardo y Teresa Brenosa, todas las cuales han demostrado ser consumadas balandristas. En la segunda prueba, los balandros quedaron clasificados por el orden en que los dejamos mencionados; la tercera y definitiva no se ha efectuado todavía cuando escribimos esta nota. S. M. el Rey y S. A. el Infante Don Alfonso han presenciado estas regatas, interesándose mucho por el resultado de las mismas.



Regatas para señoritas. - Aspecto de la bahía durante la regata en que se disputaba la Copa Pérez Lemaur

todas las dependencias necesarias, lujosa y cómodamente instaladas en un elegante pabellón, sin que se encuentre a faltar en ninguna de ellas el más pequeño detalle.

finitiva no se ha efectuado todavía cuando escribimos esta nota. S. M. el Rey y S. A. el Infante Don Alfonso han presenciado estas regatas, interesándose mucho por el resultado de las mismas.



Santander. Regatas para señoritas. - S. M. el Rey y S. A. el Infante D. Alfonso presenciando la regata desde el embarcadero acompañados del Sr. López Dóriga, comodoro de los Clubs de Regatas españoles. - Señoritas que han tomado parte en la regata

VARSOVIA

Varsovia, la capital de la Polonia rusa que el día 4 de este mes ocuparon los ejércitos austroalemanes, está situada en la orilla izquierda del Vístula, sobre una prominencia que al Oeste se confunde con la gran llanura polaca y al Este desciende en abrupta pendiente hacia el río, al que domina desde una altura de 36 a 40 metros, dejando un ribazo bastante ancho en las mismas márgenes de aquél.

Su recinto tiene figura aproximadamente semicircular, considerándose como diámetro la orilla izquierda del río, que en aquel sitio es casi enteramente recta. El arrabal de Praga se extiende en la orilla opuesta, al otro lado del puente Alejandro, y forma parte distinta de la ciudad.

Es Varsovia una de las poblaciones más hermosas de Europa, y en el Imperio ruso ocupa el primer lugar después de Petrogrado y Moscou. Cuenta cerca de 800.000 habitantes y es centro de importantes líneas férreas. Además de las autoridades superiores del gobierno, residen en ella un arzobispo greco ruso y otro católico; hay más de 500.000 católicos, unos 200.000 judíos y el resto ortodoxo y protestante.

Tiene Varsovia 27 iglesias católicas, 5 greco-rusas, gran número de conventos y varias sinagogas; una Universidad, 14 liceos y colegios, dos escuelas profesionales, una escuela de veterinaria, etc.

La industria se halla en estado floreciente; la mayor parte de los establecimientos industriales son fábricas de máquinas,

de objetos de madera y cuero y manufacturas de tabacos.

Varsovia puede llamarse la ciudad de los palacios; la mayoría de éstos recuerdan hechos de la accidentada historia polaca. Entre los principales merecen mencionarse el Castillo Real, construido por los duques de Masovia; el palacio de Sajonia, edificado por Augusto II; el de los antiguos condes de Bruhl; el gran palacio azul, en donde se conservan magníficas colecciones artísticas; el de Namienskowski, que, en el siglo XVII, tenía en su arquitectura adornos de oro y hasta piedras preciosas, y el antiguo palacio de los príncipes Yablonovski, hoy ocupado por el Ayuntamiento.

Entre los templos sobresalen la catedral de San Juan, la greco rusa, la iglesia del Espíritu Santo, la de la Virgen María y la de Santa Cruz.

Varsovia tiene hermosas plazas; las principales son la de Krasinski, la del Teatro, la de San Alejandro y la de Zamkovy. En esta última se levanta el monumento de Segismundo III, erigido en 1643 por su hijo Ladislao IV.

A orillas del Vístula, en el extremo Norte de Varsovia, está la ciudadela Alejandro, construida de 1832 a 1835 y que forma con sus numerosas construcciones militares todo un barrio de la ciudad. Contiene cuarteles, un arsenal, un hospital, almacén de víveres, una cárcel para presos políticos y una iglesia rusa.

El puente Alejandro, o puente de Hierro, que conduce al arrabal de Praga, es uno de los mayores y más bellos de Rusia.

¡PETRÓLEO GAL!  
aquí está el secreto de la belleza de mi señora.

A. Ehrmann.

LA GUERRA EUROPEA. - EL PATRIOTISMO DE LAS MUJERES INGLESAS. (Fotografía de Carlos Trampus.)



Londres. - Grandiosa manifestación femenina para pedir al gobierno que utilice el trabajo de las mujeres en la fabricación de municiones

El día 17 de julio último celebróse en Londres una grandiosa manifestación feminista en favor de la actuación de la mujer en la guerra, a la que concurrieron mujeres de todas las clases sociales: aristócratas, profesionales, obreras, empleadas del comercio y de la industria y mujeres a las que únicamente una clara percepción del deber es capaz de sacar de su tranquilo hogar para lanzarlas al tumulto de la manifestación pública. La manifestación organizóse con el objeto de pedir que se permita a la mujer como un derecho el ocuparse en la fabricación de municiones y en otros trabajos de la guerra. Obtuvo un éxito esplendente y puede asegurarse que esta manifestación será histórica en los anales de la gran guerra europea, donde ocupará un lugar preferente el patriótico papel desempeñado por todas las mujeres de las naciones beligerantes.

Precedían a la manifestación hermosas jóvenes vestidas con las banderas de las naciones aliadas, y en los sitios más céntricos de la ciudad se habían colocado mesas con listas donde firmaban las mujeres que deseaban contratarse para trabajar en la fabricación de municiones, trabajo en el cual hay a estas fechas empleadas en Inglaterra más de cincuenta mil obreras de todas las clases sociales, como lo prueba el que algunas de ellas van al taller en automóvil de su pertenencia. Comentando el éxito de la manifestación, dijo Mr. Lloyd George: «Hemos presenciado una hermosa manifestación de las mujeres que anhelan servir a su patria en la hora de la necesidad. Centenares de miles de ellas han enviado al frente de batalla padres, hermanos, esposos, hijos, prometidos, cuanto amaban, y ahora ansían hacer aquí cuanto puedan para ayudar a sus hombres que afrontan el mortal peligro en los campos del honor.»

Paris  
Date de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**  
\*  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS. LENTEJAS. TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS. TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES  
16 St-Denis

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**LA EMPERATRIZ EUGENIA**

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**ORINA**

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN

**HIPOFOSFITOS SALUD**

COMBATE  
**ANEMIA**  
**ESCROFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el. El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN